



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VII - Nº 71 Marzo de 2024



*El valor y verdadero
sentido del sufrimiento*

El águila, la rosa y la miosotis

Hay una florecita llamada miosotis, minúscula, pero de un azul encantador, ¡de la que la constitución de sus pétalos es una verdadera belleza!

Las perfecciones de Dios no podrían expresarse igualmente en una enorme rosa y en una pequeña miosotis, porque esta tiene un cierto encanto que nos lleva a sonreír, mientras que una rosa majestuosa no provoca la misma sonrisa.

Algo por donde Dios es infinitamente gracioso y que no puede manifestarse en la rosa, se manifiesta en la miosotis. Por lo tanto, era necesario que hubiese en el mundo vegetal, la rosa y la miosotis para tener una idea de conjunto de las perfecciones divinas.

Así, Dios creó seres para que nos deleiten y nos descansen de lo sublime, pero estos nunca están en línea opuesta de lo sublime.

Por ejemplo, el águila es sublime, sin embargo, entre ella y la miosotis no hay contradicción. Mientras la miosotis es encantadora y hace sonreír, el águila arrebatada, entusiasma. Sin embargo, la miosotis es una gota de aquella belleza de la cual el águila es un océano. Ahora, entre la gota y el océano no hay contradicción, sino continuidad.

(Extraído de conferencias del 5/9/1974 y 27/11/1976)

Sumario

Vol. VII - No. 71 Marzo de 2024



En la portada,
Dr. Plinio en 1981.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
2 *El águila, la rosa y la miosotis*
- EDITORIAL**
4 *El tumor carnavalesco y la guerra*
- PIEDAD PLINIANA**
5 *Oración pidiendo la virtud de la insistencia*
- DOÑA LUCILIA**
6 *Aceptación digna, fuerte y dulce del sufrimiento*
- DENUNCIA PROFÉTICA**
9 *Los juicios temerarios favorables y sus maleficios*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
12 *La necesidad del sufrimiento*
- ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA**
17 *Reflexiones sobre el Santo Sudario*
- SANTORAL**
24 *Santos de Marzo*
- HAGIOGRAFÍA**
26 *Un príncipe según el plan de Dios*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
33 *Virgen-Madre, Reina y General*
- ÚLTIMA PÁGINA**
36 *La más alta lección de obediencia*



El tumor carnavalesco y la guerra

Ciertos escritores, pretendiendo darse aires de profundos, psicólogos, filósofos o de cualquier otra cosa en que se les pueda fomentar el pedantismo y la superficialidad, suelen afirmar que durante la mascarada carnavalesca el hombre, “sacándose la máscara de los preconceptos y de las convenciones sociales”, muestra su verdadero rostro. Este ultra conocido lugar común y pretendida paradoja encuentra siempre, entre ciertas personas graves, acogida debido a los grandes oráculos.

Ahora bien, la realidad es exactamente contraria. En el carnaval, no solo la humanidad no retira ninguna máscara, sino que más bien se aferra más encarnizadamente a la que, en estos últimos tiempos, no cesa de usar.

Recuerdo que, cuando era niño, cierto profesor me contó el episodio de un diplomático japonés que, habiendo presenciado al carnaval que en su patria no se conmemora, envió a su gobierno la siguiente descripción: “Durante tres días se vuelven todos locos y practican las cosas más absurdas; después, repentinamente, el sentido común les hace recobrar el juicio”.

La observación me impresionó mucho en aquella ocasión y es realmente interesante. Sin embargo, hay que acentuar que esta no refleja la realidad entera.

En efecto, hay una regla de moral que afirma: “Nada de pésimo se hace repentinamente”. No nos engañemos. Se equivoca miserablemente quien supone que el carnaval constituye solo un paréntesis de locura. Es un tumor que explota y a través de sus secreciones se puede medir bien todo el tamaño de la infección que, de manera más o menos disfrazada, ya minaba anteriormente el organismo. Tres días después, ese tumor se cicatriza, aparentemente. Pero lo hace dejando una base siempre más profunda, dolorosa y peligrosa para el tumor del año siguiente.

Así, el carnaval no es un oasis o una tregua: es un auge, un recrudescimiento, crisis delirante de un estado crónico. De hecho, el carnaval moderno no pasa de una torpe falsificación, de un engaño vulgar, de una atroz mistificación. Bajo el pretexto de dar culto a la alegría, el carnaval traiciona la alegría.

En realidad, ¿qué es la alegría carnavalesca? Embriaguez de alcohol, embriaguez de éter, embriaguez de ritmo. En suma, el completo desorden del sistema nervioso, la alucinación de personas que desean huir de sí mismas, porque en sí mismas morirán de tedio o de náusea. Para una humanidad falsificada, idiotizada, brutalizada, que detesta su alma y no quiere contemplar su propio rostro, lo que solo se logra con una alegría falsificada: el carnaval es inhumano.

Hay quien discuta si, en tiempo de guerra,¹ el carnaval debe o no ser festejado. Nos parece que no solo en tiempo de guerra sino en cualquier otro tiempo se deben suprimir las fiestas paganas del carnaval. La guerra únicamente trae un argumento más. En la medida en que las calamidades sean consecuencia de los pecados, hagamos penitencia y, muy especialmente, apartemos las causas de las iniquidades, para que Dios se compadezca de nosotros.

Incluso porque hay una innegable afinidad, íntima y secreta, entre el carnaval y la guerra. Ambos, en el fondo, no son más que la misma animalización del hombre, que lo vuelve cruel y sensual, dos cosas idénticas. En realidad, las orgías de Nerón no eran completas sin el martirio de muchos cristianos.

Por tanto ¿para qué tres días de carnaval, si nos amenazan años de guerra? La bestialidad de nuestro siglo ya tiene este gran carnaval sangriento. No necesita de la bagatela del triduo carnavalesco.²

1 Por los días en los que el Dr. Plinio escribía esta nota, transcurría la Segunda Guerra Mundial.

2 Cf “O Legionário” n. 492, del 15/2/1942 y n. 551, del 28/2/1943.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Oración pidiendo la virtud de la insistencia

Cuando sentimos que no rezamos bien, al menos debemos rezar mucho. Esta verdad se encuentra expuesta en la parábola evangélica del hombre que, estando ya dormido en su casa, es inoportuno con otro que toca a su puerta pidiendo pan. De esta metáfora el Divino Maestro saca la siguiente conclusión: “Si él no se levanta para darle los panes por ser su amigo, seguramente por causa de su inoportunidad se levantará y le dará los panes que necesite” (Lc 11, 8).

Con seguridad, la oración que tiene calidad es la mejor, pero la que tiene cantidad nos abre la puerta del Cielo. Siendo así, pidamos:

Oh Madre del Buen Consejo, recordadme la enseñanza de vuestro Divino Hijo: no era persona grata al jefe de familia aquel hombre que le pedía pan, pero por su extrema inoportunidad obtuvo lo que sus cualidades, por sí mismas, no le obtendrían.

¡Aquí estoy delante de Vos, oh Madre mía! Si miro hacia mí, ¡cuántas razones encuentro para no sentirme persona grata! Sin embargo, si considero vuestra misericordia, tengo la certeza de que, de tanto acumular cuantitativamente oraciones cargadas con mis defectos, acabaréis por abrimme las puertas que, según la estricta justicia, yo no tendría el derecho de traspasar.

Dadme, pues, la virtud de la insistencia recomendada por vuestro Divino Hijo, puesto que a ella fue prometido el premio de ser atendida por la cantidad la oración que no tiene calidad. Amén.

(Compuesta en diciembre de 1970)





Aceptación digna, fuerte y dulce del sufrimiento

Doña Lucilia comprendió muy bien la sublimidad del sufrimiento, aceptándolo siempre tranquila, digna y serena, realizando así un constante acto de unión y semejanza con el Varón de Dolores y su Madre Dolorosa.

J.P. Ramos



Mi madre era una persona muy expresiva, se comunicaba más por su forma de ser y por sus ejemplos que por sus consejos. Ella los daba, y evidentemente eran muy buenos, pero era una simple ama de casa, madre de familia como tantas otras, no una filósofa o teóloga, nada de eso. Pero su forma de ser, su ejemplo y su manera de conducir la vida tenían una riqueza de ideas muy grande para mí.

Sufriendo, daba un ejemplo de carácter esencialmente religioso

Una de las cosas más preciosas que aprendí con ella, que estaba en su espíritu asociada a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de quien mi madre era muy devota, era la aceptación y la admiración del sufrimiento como un elemento que compone la vida, y sin el cual la existencia no tiene valor.

Ya en aquella época, los hombres tenían horror al sufrimiento y les parecía que lo normal de la vida era no

Jesús con la cruz a cuestas
Catedral de Santa María de
Nazaret. Belém do Pará, Brasil

sufrir, sino que sucedieran solo cosas agradables, sabrosas. Cuando les sucedía algo desagradable, eso les parecía un desastre, una monstruosidad que no debía ser.

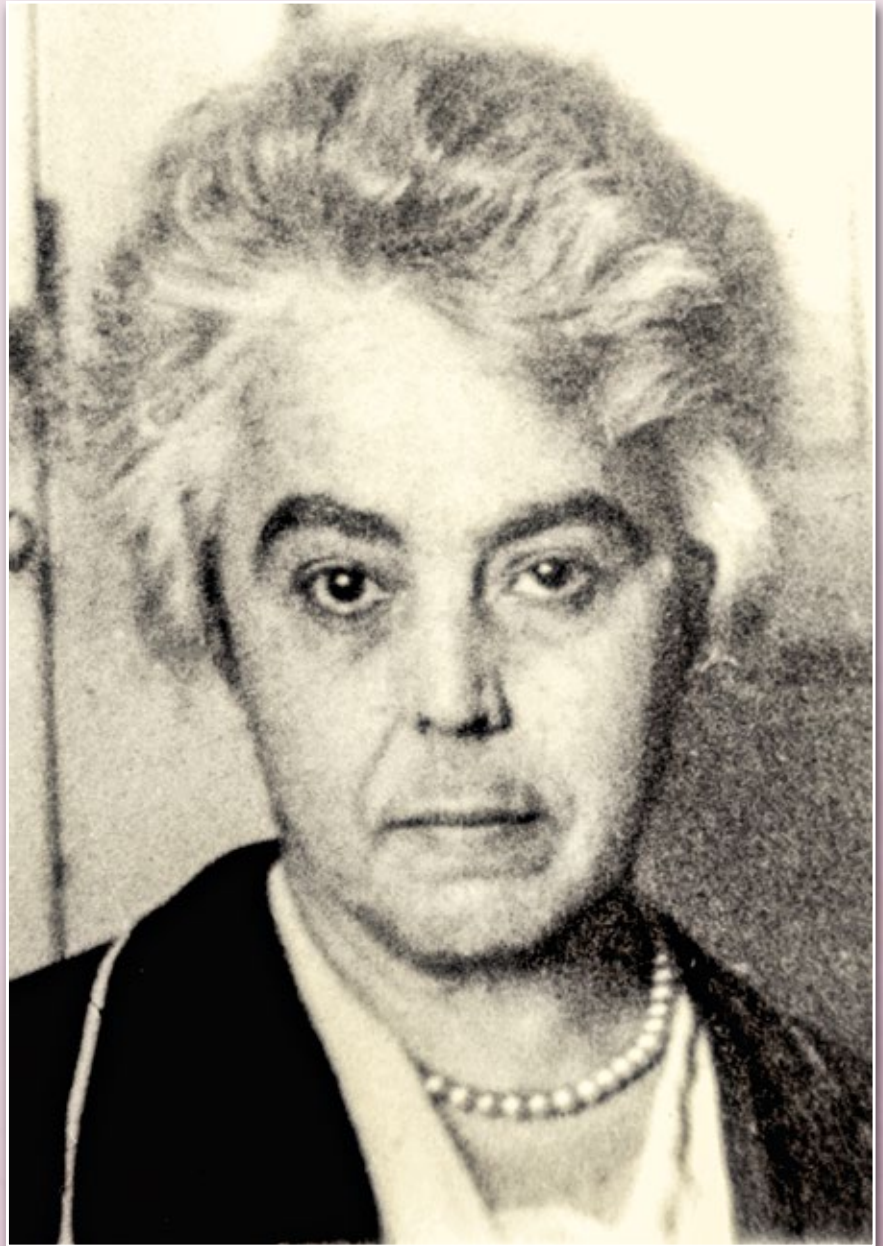
Mi madre tuvo muchos sufrimientos durante su vida. Tenía la salud muy débil, y, siendo relativamente joven, fue sometida a una operación muy arriesgada en Alemania, pues de lo contrario podría morir, y esa cirugía no se hacía en Brasil en aquel tiempo. Yo la vi muchísimas veces enferma. En las ocasiones de más dolor, permanecía acostada en la cama durante una, dos o tres horas al día, conforme fuera el caso, hasta que su hígado mejorara un poco y pudiera caminar.

La persona con problemas hepáticos con frecuencia es muy temperamental, pues el hígado recibe la descarga nerviosa de los sufrimientos morales. Sin embargo, muchas veces penetré en el cuarto de ella cuando se encontraba en ese estado, y mi madre estaba siempre tranquilísima, con una fisionomía tanto más elevada cuanto mayor era el dolor. Como quien comprende que, ofreciendo ese sufrimiento a Dios, al Sagrado Corazón de Jesús, adquiere cierta semejanza con Él, que fue el gran sufridor, y con su Madre Santísima, la gran sufridora.

Yo percibía que Doña Lucilia practicaba enteramente un acto de unión, con lo cual ella no se sentía aplastada ni pisoteada, sino dignificada. Y todo eso le daba cierto bienestar interior, procedente del equilibrio del alma, haciendo con que el sufrimiento no fuera para ella un drama inexplicable y estúpido, sino una cruz para cargar llena de significado.

Ella comprendió muy bien la sublimidad y la magnificencia del sufrimiento y de su aceptación, cuando se hace de una forma digna, fuerte y dulce.

Yo notaba con facilidad cuando el sufrimiento de mi madre era más acentuado, pues ella quedaba más dulce y delicada de alma. Ella era



muy cariñosa conmigo en todas las circunstancias, sin ninguna excepción. A propósito, procedía así con todos, pero yo era su hijo, y las madres son especialmente inclinadas a demostrar ese cariño a los hijos.

Yo llegaba a la siguiente conclusión: una persona adquiere la verdadera bondad cuando sabe sufrir. Quien no sabe o no le gusta sufrir, puede hasta adquirir una amabilidad diplomática o comercial, pero esa no es la bondad auténtica. Esta, mi madre la tenía en un alto grado.

Cuando comencé a sufrir –lo cual se dio muy temprano– miraba a Doña Lucilia y procuraba sufrir como ella. Tengo la certeza de que mi madre, con eso, me daba un ejemplo de carácter esencialmente religioso, muy auténtico.

Sufrimiento humano mezclado con el Divino

Nuestro Señor Jesucristo murió en la cruz por causa de nuestros pecados. Su sufrimiento fue necesario, in-



Samuel Holaranda



Nuestra Señora de los Dolores – Málaga, España

ofertorio, por tanto antes de la Consagración, el sacerdote coloca un poquito de agua en el cáliz: aún no es el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, es solo vino. Esa gotita de agua se mezcla con el vino, pero este no pierde su sustancia, porque la cantidad de agua es muy pequeña. Finalmente, el padre consagra aquel líquido, de manera que la materia de la gotita de agua también se transustancia en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué simboliza eso? La gotita de agua es el sufrimiento humano, y el vino es el sufrimiento del Hombre-Dios. Cuando nosotros ofrecemos nuestros sacrificios en unión con la Sangre de Cristo y las lágrimas de María, entonces nuestro sufrimiento se mezcla con el de Cristo. Y tendremos la honra de contribuir, de esa forma, para que el sacrificio tenga, para los hombres, la eficacia entera deseada por la Providencia. Por eso debemos amar el sufrimiento. ♦

(Extraído de conferencia del 27/7/1983)

dispensable para la salvación del género humano. Su sangre tenía tal valor a los ojos del Padre Eterno, que tan solo una gota bastaría para conquistar ese rescate. Sin embargo, Dios Padre quiso que su Hijo sufriese todo cuanto sufrió, y Jesús así lo quiso también.

Cuando Nuestro Señor, en el Huerto de los Olivos, pidió: “Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt 26, 39), vino un ángel a darle fuerzas. O sea, para ese sufrimiento inmenso, un ángel vino a consolarlo. Pero habría sido suficiente una sola gota, y no la inmensidad de aquel sufrimiento. Es decir, Él quiso enseñarnos a amar el sufrimiento y la cruz.

Sin embargo, Dios quiso asociar a los hombres a su sufrimiento. En la misa hay un símbolo lindísimo que demuestra eso. En el momento del



El Dr. Plinio en julio de 1983

Archivo Revista

Los juicios temerarios favorables y sus maleficios



Un ángel consuela a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos - Basílica de San Pascual, Villarreal, España

La Iglesia y la sociedad han padecido mucho más debido a los juicios temerarios favorables que a los desfavorables. La libertad de acción, el amplio prestigio y el dominio sobre el mundo del que goza el mal se deben a la confianza, a veces infantil y ridícula, con la cual los buenos abren sus ambientes a los malos.

En mi último artículo¹ mostré cómo no puede haber confusión más grosera que la de ciertas personas que identifican los conceptos de juicio temerario y sospecha. Evidentemente, una sospecha, por el propio hecho de no ser una certeza, envuelve una fuerte posibilidad de error. No por eso cualquier sospecha fundada en indicios seguros debe ser considerada temeraria. Desde que no haya habido desproporción entre los indicios y la sospecha, ninguna temeridad habrá existido.

Herir gravemente los derechos de terceros.

Formular una sospecha razonable ¿será así un mal? No. Por el con-

trario, puede implicar en grave violación de los más elementales deberes no formularla. Demostrado esto en mi último artículo, pasaré ahora, dentro del mismo asunto, a otro orden de consideraciones.

Analicemos la palabra “temerario”. ¿Qué significa ella? Imprudente, desconsiderado. Así, cualquier juicio sólo será temerario si es formado desconsideradamente, esto es, sin aquel maduro análisis que debe proceder a todos nuestros juicios.

Sin embargo, de ningún modo se debe de allí inferir que, cuando erramos en nuestro juicio sobre alguien, actuamos siempre temerariamente. El hombre es falible, y las circunstancias muchas veces lo engañan. Por eso, siempre que haya actua-

do con cautela, la conciencia puede quedar perfectamente tranquila.

Es curioso notar que no todo juicio temerario es necesariamente desfavorable. Si es temerario todo juicio imprudente, es obvio que, cuando las conclusiones de ese juicio fueron favorables, no por esto habrán dejado de ser temerarias.

No es necesario decir que, mientras el juicio temerario desfavorable puede herir gravemente los derechos de la persona por él señalada, un juicio temerario favorable, no hiriendo los derechos de la persona a quien se refiere, puede herir gravemente los derechos de terceros. Y, en este caso, el pecado proveniente será tanto más grave cuanto más respetables sean los derechos así vulnerados, así



J.P. Castro



Apóstoles durmiendo durante la Agonía de Jesús en el Huerto – Colegiata de San Gimignano, Italia.

como cuanto más numerosas sean las personas perjudicadas.

Padres, profesores, asociaciones religiosas

Ejemplifico. Un padre tiene deberes sagrados hacia sus hijos. Si él, sin embargo, llevado por una exagerada complacencia o por un culposo descuido, forma de sus hijos, descuidadamente, un juicio mucho mejor del que merecen, viola gravemente sus deberes, pues se coloca en la imposibilidad de corregir a sus hijos. Este mismo padre, sin embargo, tendría tal vez escrúpulo en formar una sospecha legítima en cuanto a algún empleado, socio, cliente, etc. ¿No hay en esto un evidente desequilibrio?

Otro ejemplo: en general, los profesores conservan sobre sus antiguos alumnos alguna autoridad moral; sin embargo, es tan grande la ceguera de muchos de ellos hacia esos productos de sus esfuerzos educacionales que sólo ven en ellos cualidades y no defectos; y, en último análisis, la influencia moral de los antiguos profesores, en gran número de casos, se vuelve completamente inútil para los alumnos.

Otro ejemplo aún: los presidentes de sectores de Acción Católica o de asociaciones religiosas tienen obligación estricta de discernir, en los asociados, los defectos que los tornen peligrosos a los demás, a fin de que, si fueren inútiles las advertencias amistosas, los elementos nocivos sean eliminados. Conozco, sin embargo, un

caso concreto de cierta asociación que, habiendo luchado durante años enteros para expulsar algunos miembros acabó por quedar reducida a una inanición absoluta, por la corrupción de los elementos buenos que había conseguido laboriosamente formar. ¿No hubo, en el juicio temerariamente bueno de las autoridades de esa asociación, una grave falta en el cumplimiento de los encargos?

Todo esto puesto, es cierto que no son sólo los juicios temerarios desfavorables que pueden acarrear pecados.

Sospechas temerariamente indulgentes

Pienso que chocaré a muchos lectores si a esto agrego que mi experiencia me sigue demostrando que la Iglesia y la sociedad han padecido mucho más de los juicios temerariamente favorables que de los desfavorables formados hoy en día. Sin embargo, esta es una importante verdad.

Si el mal goza tantas veces de una inmensa libertad de acción, si él conquista círculos de influencia cada vez mayores, extiende su dominio sobre el mundo de modo cada vez más insolente, mientras la influencia de los elementos buenos se retrae, herida muchas veces de una oprobiosa impotencia, de una infecundidad evidente, ¿a qué se debe esto sino a la confianza, a veces infantil y ridícula con la que los buenos abren sus ambientes a los malos?

Ahora bien, los pecados contra los intereses de la Iglesia son, por su naturaleza, mayores y más graves que los cometidos contra intereses humanos. Por otro lado, los pecados contra la sociedad son mayores, por su naturaleza, que los practicados contra los individuos. Todo esto dado, quien por juicio temerariamente bueno perjudica a la Iglesia y la sociedad peca más gravemente de que quien por juicio temerariamente malo perjudica a un individuo.

Todo cuanto dijimos sobre los juicios temerarios se aplica, punto por punto, a las sospechas temerarias. También hay sospechas temerariamente buenas. Cuando concebimos una infundada y temeraria esperanza de que alguien es bueno, cuando suponemos temerariamente que podemos dar a estas o a aquellas personas las mayores pruebas de confianza, con el fin de conmovérlas y así arrastrarlas a la Iglesia; cuando dejamos de exigir de este o de aquel individuo las garantías necesarias en materia de intereses espirituales o temporales, por juzgar muy auspiciosa su fisonomía franca y leal; en todos estos casos cometemos sospechas temerariamente buenas, porque nos habremos dejado seducir por esperanzas infundadas, apariencias engañosas, por ilusiones contra las cuales un hombre serio debe estar prevenido internamente. Y así, perjudicamos seriamente nuestros intereses, los de nuestras familias, de nuestra Patria y, lo que es peor que todo, los de la Santa Iglesia. Líbrenos Dios, pues, de las sospechas temerariamente severas. Pero líbrenos también de las sospechas temerariamente indulgentes.

Caridad neurasténica, iracunda misericordia

A este respecto, no juzgamos deber desenmascarar el error infantil de los que suponen que todo juicio severo, por el propio hecho de ser severo, es temerario. Considerar que un asesino es un asesino, un adúltero es un adúltero o un ladrón es un ladrón constituye para mucha gente juicio temerario. ¿Podrá haber opinión más ridícula?

Así, cuando Nuestro Señor llamaba a los fariseos raza de víboras y sepulcros blanqueados, ¿cometía juicio temerario? Cuando los Apóstoles, los Papas, los Pa-

dres y Doctores de la Iglesia estigmatizaban con palabras candentes los errores de los potentados de su tiempo ¿cometían juicio temerario? Y la caridad, según esa extraña moral, consistiría en considerar pertinazmente, y contra toda evidencia de los hechos, que un asesino es un cordero, un adúltero un lirio, y un ladrón una paloma. Esto no es virtud, sino imbecilidad. Se dice de Santa Teresa que ella afirmó que la humildad consistía en la verdad. Es también cierto que la caridad no consiste ni en el error ni en la mentira.

Todo esto es verdad, dirá mucha gente. Pero dejemos a los que detentan autoridad, sea en la familia, en la sociedad, en el Estado o en la Iglesia, el encargo de formar esas dolorosas certezas y esas tristes sospechas. Conformémonos con nuestra condición de súbditos y aprovechemos en ella al menos la satisfacción de vivir sin preocupaciones.

Todo el mundo reconoce que para las altas funciones –y cuántas funciones hay que, siendo humildes, son altísimas– es necesaria una preparación

remota. Si todos aquellos que ejercen en el movimiento católico, en la sociedad o en la familia, funciones que los obligan absolutamente a sospechar del prójimo –dentro de la medida de lo justo y de lo razonable, lo repetimos–, se prepararan para esto sólo después de haber recibido sobre los hombros el peso de la autoridad, ¿qué especie de jefes tendremos? ¿No habría una analogía entre ellos y un general que sólo comenzase a aprender estrategia después de promovido a esa alta dignidad?

Tengo la certeza de que la lectura de estas reflexiones habrá causado a muchos lectores, que sufren de una caridad neurasténica y de una violenta e iracunda misericordia, una irritación sin nombre. Estas líneas les habrán causado, en el fondo de la conciencia, extraños y agudos remordimientos. Estaban en paz, y de repente el escenario muda delante de sus ojos. ¿Cuál es el periodista impertinente que así perturba su sosiego?

El mundo está atravesando una tremenda hora de crisis. La “caridad” con que mucha gente,

cerrando los ojos al peligro, duerme el sueño de la paz, mucho más se parece al sopor de los Apóstoles en el Huerto de los Olivos que a una verdadera virtud sobrenatural. Si esos miembros somnolientos de la Iglesia militante no quieren oír nuestra voz, mediten al menos en las palabras de Nuestro Señor: “Una hora non potuistis vigilare mecum?”² ❖

(Extraído de O Legi-nário n. 477, 2/11/1941)




Jesús reprende a los Apóstoles después de encontrarlos durmiendo – Basílica de Santa Catalina de Alejandría, Galatina, Italia.

1) Cf. Revista Dr. Plinio n. 187, p. 8-12

2) Del latín: ¿No pudiste vigilar una hora conmigo? (Mt. 26, 40).



La necesidad del sufrimiento



El hombre es creado en estado de prueba, y siente al mismo tiempo, horror y necesidad de ella. Es similar a la psicología del guerrero medieval que desea la batalla, pero se cubre con cota de malla y otras protecciones; aunque se proteja contra los sufrimientos, quiere el riesgo, porque se da cuenta que así su vida toma sentido y pasa a merecer el Cielo.

En el conjunto de los sufrimientos que el hombre necesita asumir en esta tierra, existen diferentes modalidades, que corresponden, por así decirlo, a zonas en que el alma humana necesita sufrir.

El estado de prueba y el sentido de la vida

El hombre fue creado, independientemente del pecado original, en

un estado de prueba. Así, es normal que tenga algo en lo más profundo de su ser que le haga sentir oscuramente que, si no ha sido probado, no ha vivido. Aunque sienta de modo confuso cuánto la prueba le hace sufrir, tiene una especie de deseo de pasar por ella, porque siente cómo eso da sentido a su vida y le hace merecer el Cielo.

Nunca he visto elementos que me permitan responder a esta pregunta: “¿Sabrían los ángeles y, más tarde

Adán y Eva, que serían probados?”

Si lo supieran, querrían que llegara el momento de la prueba para que, en medio del dolor, encontraran algo más allá de todas las alegrías de su existencia. Por así decirlo, al pasar este trago amargo, su ser tomaría mayor consistencia, llevándolos a una perfección de orden necesaria para ser ellos mismos.

Pensemos en Adán paseando por el Paraíso, contemplando tantas ma-

ravillas, y Dios bajando para conversar con él. Todo esto era muy bello, no ofrecía ninguna dificultad y formaba su alma, que crecía en santidad. Todo era magnífico. Pero en un determinado momento sufrirían la prueba, o su vida no tendría sentido. La capacidad de sufrimiento es algo dentro del alma humana que al mismo tiempo tiene horror a la prueba y siente la necesidad de ella.

De cierto modo, es similar a la psicología del guerrero medieval que quiere la batalla y la lucha, pero se preocupa enormemente en cubrirse con cota de malla, con protecciones contra los golpes que él mismo desea. Entonces, al mismo tiempo, ansía el riesgo y se protege contra los golpes. Sin embargo, consideraría una lucha frustrada si su armamento defensivo fuera tal que no corriera ningún riesgo. Esto parece un movimiento contradictorio, pero no lo es.

El objetivo del guerrero medieval, de un cruzado, era liberar el Santo Sepulcro, y para ello afrontar el sufrimiento con riesgo de la propia vida. Pero, además, había la noción de que en algo su existencia debía terminar en algo muy duro, so pena de quedar frustrado. Si hubiera pasado por la vida sin un gran sufrimiento, no habría vivido.

Una de las peores frustraciones de la vida

Creo que todo el desequilibrio de las personas está en esto: o corren frenéticamente en dirección al sufrimiento, que no es el caso; o huyen sórdidamente del dolor.

Imaginemos una conversación en un muelle entre muchos marineros, antiguos piratas, que sufrieron brutalidades. Los

miraríamos con interés. Si nos mostraran a uno con una mejor apariencia, conservado y satisfecho, y nos dijeran: “Este fue maravillosamente preservado de todo riesgo y dolor, y fue feliz todo el tiempo”. Pensaríamos que debería ser expulsado del barco, mientras que tendríamos un cierto alivio al contemplar al viejo lobo de mar, con una pierna o un brazo menos, faltándole un ojo, pero contando sus hazañas.

Esto debe estar en el alma de toda criatura. Es una capacidad de sufrimiento, algo en el sentido del ser, a través del cual el individuo siente que está en un estado de prueba, y su propio ser pide la prueba para completarse a sí mismo. Así como, naturalmente, el niño quiere crecer y alcanzar la estatura de un adulto, con el mismo empeño el hombre quiere pasar por los dolores de la vida.

Una de las peores frustraciones de la vida ocurre cuando los padres no enseñan esto a sus hijos, o los sacerdotes a sus fieles, creándoles la ilusión de que en la existencia no debe haber ningún sufrimiento. Cuando sobreviene algún dolor, es por mala suerte y que Dios parece estar violando las reglas del juego.

¡Lo que se enseña a este respecto hoy en día –la mayoría de las veces de forma explícita y de todas las formas posibles– es simplemente fabuloso! Resultado: el individuo queda más o menos como alguien que encalló a la edad de doce años, sin llegar a la madurez. Entonces, pasan las generaciones y la persona cumple setenta años, pero juega con sus nietos como un colega más.

El hombre que no ha sufrido no se pone problemas en materia de doctrina, no hace preguntas, no comenta, ni presenta dificultades, escucha una exposición con cara de muñeca de porcelana. Al final de la conferencia, el orador le pregunta:

— ¿Estuvo bien?

— Muy bien, usted hizo una muy feliz exposición...

Si llevan té al salón, estará mucho más interesado con el té que en todo lo demás. Lo hace porque está equivocado, porque no le han puesto en la cabeza esta gran verdad: “Ud. tiene una capacidad de sufrimiento: o sufre o muere con la impresión de no haber vivido”.

Cabe señalar que aquí no entra la noción de pecado, ni siquiera la de expiación por los otros. Preliminar-





mente, es la consideración de un estado. El individuo lo anhela porque se encuentra en este estado de prueba. Y cuando huye de eso, está condenado a ser un perpetuo imberbe toda su vida. No hay remedio.

Holocausto y gravedad, sin los cuales la vida se hace insoportable

Hay hombres sobre los que recae una providencia especial, y otros que están en la línea de la providencia general. Esta, sin embargo, se presenta en la vida del individuo de manera que posea una unicidad. En este sentido, creo –a menos que la Iglesia enseñe algo mejor– que para cada hombre hay una providencia peculiar, que gira en torno a lo siguiente:

Hay algo que, por el propio sentido de ser, uno desea que sea el centro de su vida y que, a veces, se necesita renunciar. En un momento dado, se le pide eso y esa renuncia significa un holocausto equivalente a pedir la vida.

El holocausto puede ser el siguiente: el individuo tiene una tendencia a ser relajado y a hacer del re-

lajamiento la gran alegría de su existencia. Frente una determinada situación, decide: “No seré relajado, sino que, por el contrario, me convertiré en un modelo de observancia y exactitud”. Y toma esta decisión con tal fuerza que será disciplinado por el resto de su vida.

Todos los hechos menores de su vida valen en virtud del momento en que resolvió llevar a cabo este holocausto: “Ya no tendré aquel relajamiento que iba a ser la delicia de mi vida”.

Esta prueba puede ser un gran acto fundamental, a la manera de un hombre que ofrece como sacrificio a Dios su huerto y quema diariamente ante el Creador todo el fruto producido el día anterior. De la misma manera, toma los frutos del relajamiento, que podría comer con deleite, y los quema delante de Dios mediante una perfecta disciplina.

En este sacrificio hay un primer elemento, el cimiento de la gravedad. De hecho, un hombre que haya resuelto esto ve la vida de otra manera, y cuando no la considera así, se hace incapaz de compromiso. Es un niño pequeño que hace planes en el vacío, deambulando de un lugar a otro y sin un orden definido.

Ahora bien, el joven sin compromiso sufre más de lo que sufriría ese mismo hombre siendo serio. Tomen un muchacho que posee un pequeño y reluciente automóvil con el que pasea todo el día, juega el tiempo entero, y que llega a la edad de veinticinco años sin haber hecho nada más que eso. Todos lo miran y piensan: “¡Qué joven tan feliz!” En realidad, va llevando dentro de sí algo parecido con uno de esos dispositivos de alarma que se instalan en los automóviles para denunciar al ladrón. El chico se ha robado a sí mismo y queda oyendo la alarma que gime en su interior: “No estás viviendo, no estás viviendo... Eso no es vida, eso no es vida, eso no es vida... No seas así, no seas así, no seas así...”

Entonces él trata de reír y bromear aún más para dar la ilusión a los demás de que está viviendo bien. Todos se divierten con él, pero luego lo desdeñan. Sin embargo, aunque no lo despreciaran, aquella alarma insoportable continuaría sonando dentro de él.

Fidelidad a la inocencia delante del sufrimiento

El otro día estaba leyendo extractos de la historia del último emperador de China. Poseía varios palacios llenos de objetos de arte, oro, piezas de incalculable valor. Pero se notaba que eran para él lo que el arroz y los frijoles son para nosotros. Faltaba que pusiera el holocausto en el centro de su vida.

La capacidad de sufrimiento es lo que atormenta al hombre cuando no sufre. Pero no se trata de un padecimiento cualquiera; es el sufrimiento de una vida. Cada uno de nosotros está llamado a cargar una cruz. Debo llevar la mía y no sirve de nada ponerla sobre los hombros de otra perso-



Archivo Revista



Caballeros Medievales - Iglesia de Santa Segolène, Metz, Francia

na para que la cargue. Hay una cruz hecha para Plinio Corrêa de Oliveira. Necesito encontrarla. Me va a doler el hombro de una manera especial, ipero debo cargarla!

Existe en la criatura racional un deseo que no es necesariamente malo, sino que corresponde a un problema, que es una prueba que se transforma en tentación. Por ejemplo, Satanás no cometió el pecado original; tenía un problema, una cuestión de orgullo, que terminó en un choque. Necesitaba romper algo en sí mismo.

Aquí está el problema: se trata de algo que es necesario quebrar en sí. No debemos considerarnos como un bebé de porcelana intacto, que se puede romper con cualquier golpe. Eso es falso. Somos como los árboles: o nos podan, o realmente no servimos para nada.

Si alguien dice: “¡Jardinero bárbaro, que poda la planta!” La respuesta será: “¡Oh, crítico estúpido, que no conoce el árbol!”

El individuo, en su inocencia primigenia, no tiene noción de cuál es

ese punto. La prueba le llega inesperadamente, pareciendo contrastar con las luces de la inocencia. De repente, tiene una decepción, un dolor que parece ser lo opuesto a toda esa luminosidad de la inocencia, y algo medio antiaxiológico¹ viene a decirle: “O tú, para ser fiel a esa inocencia, soportas este dolor antiaxiológico, o huyes de ella y pierdes la inocencia”.

De modo que la axiología y la inocencia parecen ser una misma cosa, y en cierto momento el dolor surge como un problema. Es antiaxiológico y pide a todos los hombres que entren en este corredor oscuro. Si uno huye de él, la propia inocencia –tan axiológica–, pasa, sigilosa e inadvertidamente, a secretar venenos en el alma.

Lucha continua en todos los aspectos de la vida

La vida me pidió algo fundamental ya en la infancia: pasar de mi tendencia a la pereza a una vida de combate hasta el final de mis días.

Una batalla integral, en primer lugar, para ser yo mismo y no dejarme arrastrar por esta vorágine, sino para efectuar mi holocausto de punta a punta.

Más tarde, cuando la comprensión fue mayor –a la edad de siete u ocho años yo no era capaz de entender eso–, surgió la necesidad de luchar por la Causa de la Iglesia Católica y la Civilización Cristiana, que venía como una propagación de aquella opción fundamental.

Yo veía dos mundos y tuve que elegir, por amor, uno contra el otro, y no dejarme separar del que amaba para unirme al otro. Aunque no formulé esta oración a Nuestro Señor Jesucristo directamente, rezaba en este sentido: “*¿Ne permittas me separare a Te; iab hostile maligno defende me!*”²

Es la lucha continua, presente en todos los aspectos de la vida. No estoy considerando aquí la culpa original. Sin duda, mi inclinación a ser perezoso era una consecuencia de este pecado; Adán –antes de comerlo–, Satanás, San Miguel Arcángel no lo tenían. Pero como ejemplo



Archivo Revista



que una buena parte de nuestros sufrimientos no se dirigen a la expiación de nuestros pecados, sino de los pecados de otros. Entonces empiezan a suceder cosas que no tienen sentido, de las que no sabemos si se deben a la expiación de nuestras faltas o de las ajenas. En esto hay un sufrimiento colateral, que se suma al primero. ❖

(Tomado de conferencia del 26/02/1986)

- 1) Axiología viene del latín axis, is: eje. Así, en la concepción del Dr. Plinio, la palabra "axiología" y sus derivados se refieren siempre al "eje" que debe orientar la vida de la persona, es decir, el fin para el cual el hombre ha sido creado y su vocación específica, en torno al cual se deben girar todas sus ideas, voliciones y actividades.
- 2) Del latín: No permitas que me separe de ti; del enemigo malo, defiéndeme.

en esta tierra, solo puedo mencionar a las personas concebidas en el pecado original.

Esta lucha es tan dura que abarca toda una vida, pero quedan muchas pequeñas cosas colaterales agradables que el individuo puede y, nótenlo bien, debe deleitarse. Para unos puede ser la buena salud, para otros un buen apetito y la posibilidad de comer bien, para un niño será un juguete. Por ejemplo, no lo recuerdo, pero es posible que, al día siguiente de haber pasado por una probación, me regalaran una nueva caja de soldaditos de plomo y me divertí con ella. Es perfectamente comprensible, está en el buen orden de las cosas.

Sin embargo, cuando la persona piensa que está exhausta de tanto sufrir, en el momento en que lo consideraría menos adecuado, la Providencia comienza a pedirle otro sufrimiento. Y aquí sí, entra algo con cierto carácter expiatorio: ella pecó y, además de lo que debería soportar según el plan inicial, necesita cargar más. O bien, él no pecó, pero otros han pecado y no lo cargan. Y si la persona quiere ganar la gran batalla, debe soportar.

Nuestro Señor, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, fue la Víctima inocente; nosotros somos víctimas culpables. Pero está claro



*"Ne permitas me separari a Te;
¡Ab hostile maligno defende me!"*

Plinio en la Congregación Mariana del Colegio de San Luís, en 1921

Archivo Revista



Reflexiones sobre el Santo Sudario

Al contemplar el Santo Sudario vemos como, durante su vida terrenal, en aquel Cuerpo el pensamiento enunciado en los Evangelios repercutía en la voz, a floraba en la frente, danzaba en los ojos, se expresaba por los labios y gestos. Así, la imagen allí estampada es la prueba no solo de la existencia, sino también de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Es el Hombre-Dios!

Analizando el Santo Sudario, me parece que incluso tomando en consideración que la Sagrada Faz está un tanto alterada por los golpes recibidos – como, por ejemplo, la nariz –, revela otras excelencias de Nuestro Señor.

Es un hecho que, en su forma nativa, perfecta, la fisonomía de Nuestro Señor se presentaba de un modo aún más excelente. Pero *per accidens* una cierta excelencia mayor aparece, debido a las propias deformaciones que sufrió. Debemos entender eso como una especie de preliminar del análisis.

Abismo de maldad que causa asombro

Llama la atención el ver como no solamente la nariz visiblemente re-



El Dr. Plinio en 1983

Archivo Revista

simone.org



cibió un golpe y quedó deformada, sino que también el mentón quedó un tanto caído. La distancia entre el punto más alto de la frente y la parte más baja del mentón es un poco mayor de lo que sería normalmente.

Eso, en mi opinión, tiene un efecto curioso: en la armonía perfecta y divina de Nuestro Señor, su Faz debería dar una doble impresión de una persona muy entregada al pensamiento, pero nada tenso. Lo que es natural, pues el pensamiento no le causaba el menor esfuerzo. Pensaba con la facilidad y la abundancia propia a la excelencia de las dos naturalezas unidas hipostáticamente en su Persona.

A causa de esa alteración fisionómica, provocada por los golpes, Jesús parece un poco esforzado en el pensar. Y, por una feliz coincidencia, también se nota que su pensamiento versa sobre el dolor y la persecu-



simone.org



Flávio Lourenço

ción por Él sufrida, y la injusticia allí cometida, y también respecto a todo cuanto le sucedió, las más atroces ingratitudes, aberraciones que llegaron a un punto inimaginable.

Siendo Él la víctima, medita sobre los criminales y el crimen, respecto al cual cualquier meditación tiene como punto de partida su propia Santidad y, por lo tanto, la inmensa gravedad del hecho de que contra el Santo de los Santos haya sido hecha la violencia de las violencias.

Por causa de la hinchazón del rostro, se tiene la impresión de que le es medio penoso sondear hasta el fin mediante la meditación y la re-

flexión, ese abismo de maldad, que no le es propio estar meditándolo, pues más le compete permanecer con la atención vuelta hacia las excelsas perfecciones de Dios. Y ese abismo de maldad causa una especie de asombro expresado en la fotografía del Santo Sudario.

Y, junto con ese asombro, en consecuencia, una toma de actitud, o sea, Él repele totalmente la actitud de las personas que hicieron eso, y a pesar de que en el momento no esté emitiendo un juicio de quien vaya a condenar, la condena ya está llegando en el horizonte, inapelable y tremenda.

Convicción de que la Resurrección llegará

Se nota la profundidad, la serenidad, la seriedad de la reflexión y la firmeza de la conclusión. Durante todo el tiempo, el pensamiento es de una solidez inquebrantable, todas sus impresiones fueron nítidas y definidas. Todo cuanto vio, rechazó y pensó, permaneció para siempre jamás.

Por detrás aparece la Divinidad. Porque se percibe que no solo tiene en vista al criminal sino también a la Santísima Trinidad. Eso lo noto en algo aterciopelado sereno, imperturbable y sublimemente elevado, a causa de lo cual Nuestro Señor, para sondearlo, no baja completamente hasta ese pozo de infamia, sino que tiene un padrón, desde lo alto del cual, Él mide todo eso.

La unidad de la Persona con dos naturalezas, la divina y la humana, en Unión Hipostática, es inalcanzable por tantas ofensas que ni de lejos tocan la fimbria de su majestad serena, de tal manera mantenida por completo, que un mosquito, volando por fuera de una pirámide, es menos extrínseco a lo que está dentro de ella, que todos esos pecados en relación a la santidad, a la majestad y a la divinidad de Nuestro Señor.

Jesús está completamente por fuera, como quien dice: “Ellos cometieron todos esos pecados, pero mi santidad, la de Dios Padre y del Espíritu Santo no fueron alcanzadas. Nosotros nos amamos en la Trinidad Santísima, con un amor al cual ese odio no lo afecta en nada. Hay una paz enorme, una serenidad y una dignidad que esta chusma de ningún modo alcanzó.

Por otro lado, imaginemos a Nuestra Señora, llena de dolor, dirigiendo algunas palabras a su Divino Hijo. Él le respondería con una tal suavidad que se diría que está siendo cargado en sus brazos. Sin duda, en este Varón existía la conciencia de que al pie de la Cruz estaba su Madre. La Santí-

sima Virgen es el Paraíso de Dios. Por lo tanto, dentro de todo ese horror, Él estaba junto a su Paraíso y de esa forma tenía un gozo. Eso excede todos los pensamientos humanos.

Una parte de esa seriedad proviene de la noción de la intangibilidad. Y ahí la actitud frente a la muerte es la más sorprendente posible. Porque Él está muerto, pero hay una cosa cualquiera parecida con la conciencia o convicción de la Resurrección que vendrá. De tal manera que, por

algún lado, su condición de muerto parece decir: “Todo está terminado”, pero por otro lado hay algo que afirma: “Nada está terminado”.

Con solo mirar esto, debería darles a sus asesinos una inseguridad de salir gimiendo por las calles, sin tener que decir.

Batalla de los definitivos

El mentón de Nuestro Señor parece haber recibido un golpe en virtud del cual la distancia entre la par-



Santísimo Cristo de la Misericordia – Iglesia de Santa Cruz, Sevilla



Ecce Homo – Iglesia de Santa Clara, Querétaro, México

te superior y la comisura de los labios quedó más grande, y le da al rostro una base un poco más amplia de lo que sería si no fuese el trauma.

Su mentón normalmente sería muy armónico y, con la barba, casi se diría que el rostro terminaba en un misterio. Eso debido a su propia perfección, pues las cosas muy excelentes, cuan-

do terminan, muchas veces no se percibe cómo acabaron. Sin embargo, así el mentón toma un basamento mayor. En mi opinión, es de las tales deformaciones que amplían una cierta expresión magnífica y sirven de comentario vivo de la situación.

Se nota una resolución como de quien dice: “¡Lo que está hecho, he-

cho está para siempre jamás! ¡La actitud tomada por ellos hacia mí es definitiva! ¡La que yo tomo delante de ellos es definitiva! ¡Mi muerte es definitiva! ¡Definitiva será mi victoria! Es la batalla de los definitivos. En ese embate sólo falta el último lance que le compete solo a Dios y, por lo tanto, a mí. ¡Ese lance es mi Resurrección, y esta no depende en nada de los hombres, sino enteramente de mí! ¡Y esto llegará!”

Con el golpe recibido, la nariz se alargó y eso confirma la impresión de haber pasado por varias peripecias. A través de su trazado, hecho así indeciso, hay una decisión en el fondo, más o menos como la del hombre que pasa por muchas pruebas y las vence, permaneciendo imperturbable, inmutable.

El Divino Redentor pasó por todas las vicisitudes de la Pasión, y en todas ellas la perfección de la actitud fue completamente la misma. A través de las varias perfecciones estampadas en la nariz, se nota la indefectible continuidad suya hasta el “*Eli, Eli, lamma sabactani*”¹. Esa fisionomía parece decir a quien la contempla: “¡Tu pasarás por las más asombrosas peripecias! ¡Sé firme, igual a ti mismo, para ser igual a mí hasta el final! Los firmes vencerán, y no hay bofetada ni golpe que los deforme. ¡Adelante!”

Mirada que increpa todos los pecados del mundo

Esa mirada con los párpados cerrados yo no oso comentarla, pues inmediatamente que comenzara a hacerlo, la sentiría fijarse en mí y decirme:

“¿Tu, osas traducir a tu miserable vocabulario y al juego de tus impresiones aquello que es superior a cualquier pensamiento? ¿Te estoy mirando y tu piensas que alguna palabra es capaz de describir esa mirada? En todo momento, ella continúa siendo la misma y variada. ¿Tu piensas ser ca-

paz de acompañar esa variedad dentro de la estabilidad perfecta?

Mi mirada te convida a penetrar en el fondo de mí mismo, y cuando comienzas a adentrarte percibes que estás entrando en el *Sancta Sanctorum*², doblas las rodillas, bajas la cabeza y te dejas envolver, no consigues erguir tu frente. ¡No hables de lo que no osas ver!”

Se siente que esa mirada increpa no solo los pecados cometidos contra Nuestro Señor durante la Pasión, sino todos los pecados del mundo. Por lo tanto, también tiene la atención puesta en nuestros defectos, aunque no con un rechazo tan colosal; sin embargo, en cuanto defectos, Él los rechaza.

En el Santo Sudario, Nuestro Señor Jesucristo nos está enseñando por contraste. Hay representaciones del Divino Redentor que nos hacen sentir cierta afinidad con Él, pero esta es la imagen del contraste por excelencia. Delante de esa figura solo deseo decirle a Nuestra Señora: “¡Madre mía, obtened que Él me cure!”

La boca también lleva la marca de la Pasión, porque tiene la señal del dolor, y al cerrarse expresó algo del alma de Él que normalmente no se expresaría. No es propiamente una boca de misterio, pero da a entender: “No hablaré nada, y en mi silencio está todo dicho, no me preguntes.” No está en nuestra medida oír lo que Él tiene para decir. Por lo tanto, no lo interroguemos, sino que comprendamos por medio de sus labios cerrados.

La Sagrada Faz presenta algo a la manera de una contradicción, porque el rostro del hombre es el repositorio de su honor; sin embargo, en esa Faz Divina se encuentra todo el honor como nunca hubo, junto con todas las bofetadas e insultos que jamás fueron descargados contra alguien; todo está acumulado allí. ¡Calculen lo que Nuestra Señora sufrió viendo eso! ¡Simplemente no hay palabras!



Crucifixión – Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Ciudad de Guatemala



Armonía, equilibrio y belleza solo posibles en el Hombre Dios

La frente tiene una proporción y está en una armonía muy celestial con el resto del rostro; es la pro-

pia imagen de la perfección moral. Su tamaño normal no aparece debido al cabello desarreglado, maltratado, desordenadamente puesto por la sangre que escurre. Todo eso causa una sensación de que la frente desapareció, como se diría de un castillo cuya parte más alta se incendió.

Se puede preguntar: ¿la Pasión le añadió algo? Se podría resumir esa cuestión en otra: ¿la cicatriz acrecienta algo al guerrero? ¡Claro! Nuestro Señor se llenó de cicatrices. Cuando nosotros, por los ruegos de María, lo contemplemos en el Cielo, veremos en su Faz una especie de plenitud de lo que era en todas las edades de su vida. Más que como era en el Santo Sudario y en la cruz. Todas sus cicatrices estarán irradiando esplendores y aumentarán la belleza de la Santa Faz. No tenemos idea de cómo Él será pulcro para que lo miremos.

Tomemos en consideración su estatura. ¡Se percibe la extensión de hombro a hombro, la altura del cuello y del tronco, el largo de sus brazos, formando una proporción simplemente monumental!

En Nuestro Señor existe la conjunción de dos aspectos: la estabilidad y el movimiento. Él tiene una estabilidad cerca de la cual una pirámide de Egipto es una mandarina. Y, por otro lado, tiene una facilidad de moverse a cualquier momento, con un movimiento dominador, natural, que aleja cualquier obstáculo. Él es el Rey *rompu, brisé, anéanti* –roto, despedazado, aniquilado–, según la expresión de Bossuet, pero su esencia está completa. Él domina plenamente. Solo viendo ese equilibrio ya se comprende que no se trata de un mero hombre. Es el Hombre-Dios.

Se puede percibir en ese Cuerpo inerte el pensamiento enunciado en los Evangelios que repercute en la voz, aflora en la frente, danza en los ojos, se expresa en los labios y en los gestos. De él salieron virtudes de toda especie, y cada una de ellas era un himno de orden y de elevación, algo que no podemos imaginar.

A mi modo de ver es enteramente obvio que eso conlleva la prueba de que Él existió y era Hombre-Dios. Solo alguien de un valor igual al de



Nuestro Señor curando a los leprosos – Monasterio de San Millán de la Cogolla, La Rioja, España



La Sainte-Chapelle, París

Él podría concebir aquello que allí se encuentra.

A tal punto que, si yo no conociera a Jesús y lo viera pasar por la calle, me arrodillaría y diría: “¡Señor mío y Dios mío!”

En contrapartida, al entrar en una catedral gótica, en el ambiente silencioso o donde se tocara una música enteramente adecuada, dándome la impresión de que todas las luces y formas del recinto sagrado se corporificaban en sonidos, en una iglesia toda florida de tal manera que se llenase de perfumes muy odoríferos, mi espíritu deseoso de *unum* sería llevado

a preguntar: “¿Pero no habrá alguien que englobe y exprese mejor todo esto?” Si en ese momento se apareciera Jesús, yo daría un grito: “¡Helo ahí! ¡Sin embargo, Él es mucho más bello que todo eso!” Y una vez más, exclamaría: “¡Señor mío y Dios mío!”

Y aunque –mientras yo me deshiciera de veneración, gratitud y pedido de perdón– Él me quisiera hacer un agrado, no sería eso para mí lo más importante. Lo principal sería quererlo: *gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*³.

Pues bien, la Iglesia Católica es el Cuerpo Místico de Nuestro Señor

Jesucristo. Todo cuanto ella tiene y aún aparecerá de ella en el Reino de María es eso, con una intensidad, una fragancia de la cual tenemos dificultad de formar una idea. ❖

(Extraído de conferencia del 9/2/1983)

-
- 1) “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?” (Mc 15, 34).
 - 2) Del latín: Santo de los Santos.
 - 3) Del latín: Nosotros os agradecemos por vuestra inmensa gloria.

SANTORAL

Gabriel K.



San Lucio I

1. San Marnock, obispo (+625). Predicó el Evangelio con enorme celo en las tierras de Escocia. Falleció de edad avanzada y después de muerto se le atribuyen a su intercesión innumerables milagros.

Santa Inés Cao Kuiying, mártir (+1856). Al quedar viuda, se dedicó a enseñar Doctrina Católica, por lo cual fue detenida y torturada hasta morir, en Xilinxian, China.

2. Santa Inés de Praga, virgen (+1282). Pariente de Santa Isabel de Hungría. Se hizo religiosa clarisa al enviudar e intercambié cartas con Santa Clara de Asís.

3. III Domingo de Cuaresma.

Santa Teresa Eustoquio Verzeri, virgen (+1852). Fundó en Brescia, Italia, la congregación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús.

4. San Casimiro, príncipe (+1484).

5. San Lucio I, Papa, mártir (+254). Promovió la piedad, la defensa de la

Fe y combatió la herejía de Novaciano. Fue sucesor de San Cornelio. Se destacó como insigne confesor de la Fe y afrontó las dificultades de su tiempo prudentemente.

San Juan José de la Cruz, religioso (+1734). Franciscano, fervoroso apóstol de la salvación de las almas, no escatimaba esfuerzo alguno en favor de ellas. Recibió dones místicos y se le atribuyen muchos milagros.

6. San Olegario, obispo (+1137). Religioso agustiniano.

7. Santas Perpetua y Felicidad, mártires (+203). Estando en prisión, recibieron el santo Bautismo. Sometidas a interrogatorios sobre la Fe y en medio de malos tratos, se mantuvieron incólumes en ella.

San Pablo, el Simple, ermitaño (+340). Discípulo de San Antonio, lo imitaba en sus virtudes y fue uno de los más célebres solitarios en la Tebaida.

8. San Juan de Dios, religioso (+1550). Fundador de la Orden de los Hermanos Hospitalarios.

San Vicente Kadlubek, obispo (+1223). Obispo de Cracovia, Polonia

9. San Panciano, obispo (+c. 390). Obispo de Barcelona, España. Cuando predicaba afirmaba: “Cristo es mi nombre y católico mi apellido”.

10. IV Domingo de Cuaresma.

Santa María Eugenia Milleret, virgen (+1898). Con 22 años de edad, fundó en París la Congregación de las Hermanas de la Asunción.

11. Santos Trófilo y Tales, mártires (+308). Hermanos de sangre, sufrieron la persecución en Laodicea, en el tiempo de Diocleciano.

12. San Luis Orione, fundador (+1940). Fundó la Congregación de la Pequeña Obra de la Divina Providencia.

San José Zhang Dapeng, mártir (+1815). Vivía en China, donde por recibir el bautismo y hospedar misioneros en su casa, lo mataron.

13. Beato Ángelo de Pisa, presbítero (+c. 1236/1257). San Francisco lo envió a Francia primero, después a Inglaterra, donde instituyó la Orden Franciscana y promovió las ciencias sagradas.

14. Beata Ángela Salawa, religiosa (+1922). Nació en Siepraw, Polonia y a los 16 años se inscribió en la Asociación de Santa Zita. Progresó rápidamente en las sendas de la virtud, aceptando siempre con espíritu cristiano las penurias y sufrimientos corporales por sus quebrantos de salud.



San Ruperto de Salzburgo

Flávio Lourenço

15. San Raimundo de Calatrava, religioso (+1163). Ingresó en la Orden del Císter reformada, y en los monasterios de la orden en España, él fue el que llevó adelante la reforma. Al establecerse en Calatrava, ante los ataques militares de moros, reforzó la construcción del monasterio, se armaron y nació así la Orden de Calatrava.

Santa Luisa de Marillac, viuda (+1660). De la mano de San Vicente de Paúl, fundó en París el Instituto de las Damas de la Caridad, para cuidar enfermos, pobres y abandonados.

16. Santa Eusebia, abadesa (+c. 680). Abadesa de Hamay-sur-la-Scarpe, Francia. Al morir su padre, se retiró a la vida monástica junto a su madre, Santa Rictrudes.

17. V Domingo de Cuaresma.

San Patricio, obispo (+461). Incansable evangelizador de Irlanda.

San Juan Sarkander, presbítero y mártir (+1620). Jesuita, párroco de Holesov, en la Moravia, condenado al suplicio de la rueda por no aceptar revelar los secretos de confesión.

18. San Cirilo de Jerusalén, obispo y Doctor de la Iglesia (+386).

San Salvador Grionesos de Horta, religioso (+1567). Religioso franciscano, en Barcelona, España, que, por sus dones de taumaturgo, fue incomprendido y perseguido por sus propios cofrades.

19. Solemnidad de San José, esposo de la Bienaventurada Virgen María, Patrono de la Iglesia Universal.

Beato Isnardo de Chiampo, presbítero (+1244). Religioso dominico fundador en Pavía, Italia, de un convento de su Orden.

20. Beato Francisco Palau y Quer, presbítero (+1872). Fundador de las Carmelitas Misioneras Teresianas. Murió en Tarragona, España.



San Gualter

21. San Nicolás de Flue, eremita (+1487). Considerado el patrono de Suiza. Con sus consejos hizo renacer la unidad del país evitando la guerra civil.

22. Beato Francisco Chartier, presbítero y mártir (+1794). Durante la Revolución Francesa lo decapitaron en Angers, por odio a la fe católica.

23. Santo Toribio de Mogrovejo, obispo (+1606). Fundador del seminario en Lima, Perú, el primero en la América Española.

San Gualter, abad (+1095). Primer abad del monasterio benedictino de Pontoise, Francia. Cumplía ejemplarmente la regla monástica y con su testimonio de vida instruía a los monjes. Combatió las costumbres simoníacas, tan difundidas en el clero.

24. DOMINGO DE RAMOS.

Beata María Karłowska, virgen (+1935). Fundadora de las Hermanas del Divino Pastor de la Divina Providencia, en Pniewitw, Polonia.

Santa Hildelita, abadesa (+524). Princesa inglesa, se hizo religiosa en Francia, volvió a Inglaterra y organizó la vida monástica.

25. Solemnidad de la Anunciación del Señor

26. San Ludgero de Münster, obispo (+809). Predicó el evangelio en Frisia, Dinamarca y Sajonia. Fundó varios monasterios, desde los cuales se predicó y propagó el evangelio.

San Eutiquio y compañeros mártires de Alejandría (+356). Fueron perseguidos por Jorge, falso obispo, usurpador de la Sede Episcopal de San Atanasio.

27. San Ruperto de Salzburgo, obispo (+c. 718). Construyó en Salzburgo, Austria, una iglesia y un monasterio con su escuela, a partir de éstos difundió la Fe Cristiana y el Evangelio en Baviera, Alemania.



Beato Bertoldo

28. Jueves Santo.

San Cirilo, diácono y mártir (+c. 362). fue cruelmente asesinado en el tiempo del emperador Juliano, el Apóstata, en Heliópolis, Líbano.

29. Viernes Santo.

Beato Bertoldo, cruzado (+1188). Elegido prior de los carmelitas, en Palestina, consagró su comunidad a la Madre de Dios. Es considerado el segundo prior general de la Orden.

30. Sábado Santo.

San Juan Clímaco, abad (+649). Vivió en el monasterio del Sinaí donde desempeñó el cargo de abad con gran sabiduría y vida ejemplar.

31. Domingo de Resurrección del Señor.

San Guido, abad (+1046). Abad del Monasterio benedictino de Pomposa, recibió en él muchos discípulos y reconstruyó edificios sacros. Murió en Borgo San Donnino (Fidenza), Italia.

Un príncipe según el plan de Dios

Realizando el altísimo plan de Dios para la Civilización Cristiana, el príncipe San Casimiro supo conjugar la nobleza y su condición de laico con la santidad perfecta, siendo una piedra de escándalo para su época y difundiendo el aroma de la Santa Iglesia por su pureza inmaculada y su celo en la defensa de la fe.

Contamos con una ficha biográfica¹ sobre un príncipe de la época en que Hungría era llamada el “Reino Apostólico de Hungría”. Se trata de San Casimiro de Polonia, cuya fiesta se celebra el 4 de marzo.

San Casimiro, príncipe polaco, vino al mundo el 5 de octubre de 1458. Era el tercer hijo de Casimiro III, rey de Polonia y Gran Duque de Lituania, e Isabel de Austria, hija del emperador Alberto II. Desde la cuna fue formado en la virtud y la piedad por el cuidado de su madre, una princesa muy católica.

Esta ficha biográfica contiene una serie de observaciones. La primera de ellas, respecto de la cual no podemos dejar de insistir, es el gran número de nobles y de personas pertenecientes a dinastías reinantes que fueron elevadas, durante la Edad Media, a la honra de los altares, rompiendo la leyen-

da revolucionaria de que los nobles no eran más que unos inmorales, corruptos y sanguijuelas.

En este caso particular, me complace afirmar el hecho de que San Casimiro vivió en la corte de sus padres en el siglo XV. Como vemos, su madre era descendiente de la familia imperial de los Habsburgo.

Una corte según la Civilización Cristiana

Para efectos de las tesis que tenemos en vista no es una cosa tan concluyente considerar a un príncipe

cualquiera que, en un momento dado, abandona la corte para abrazar el estado religioso. Indudablemente, es una acción noble, piadosa, edificante, pero para nuestras tesis la más indiscutible es el hecho de que siguiera viviendo en la corte y se santificara allí.

Debido a la impregnación de la “heredía blanca”²² a la que está sometido el mundo contemporáneo, todavía prevalece en el inconsciente de muchas personas la idea de que sólo los sacerdotes y las monjas pueden alcanzar la santidad. Fuera de ese ámbito la aparición de un santo es tan rara que se considera un caso extraordinario, casi monstruoso. Al igual que en la naturaleza pueda brotar un rábano de tamaño excepcional, así la gracia, a veces, produce un santo laico. Parece algo maravilloso, una excepción a la regla.

Sin embargo, un laico santo no es una excepción a la regla, sino el cumplimiento perfecto del plan de la Providencia. Por otra parte, el hecho de que un noble se haya mantenido íntegro en la corte de un rey, nos muestra este ambiente como un elemento dentro del cual un católico puede vivir y santificarse.



Delfín Luis Fernando
Galería del Museo de Arte de
Birmingham, Reino Unido



Madame Clotilde - Colección del
Castillo Real de Racconigi, Italia

En este sentido, es una especie de elogio al entorno en el que vivió el santo y una afirmación de que la santidad perfumó a menudo la atmósfera de la nobleza, contrariamente a la predicación revolucionaria. Así, en vez de ser lupanares, lugares espantosos de perdición y corrupción, las cortes fueron, en numerosos casos, receptáculos de la santidad donde la virtud actuó, tuvo prestigio e influencia, realizando así el ideal de la civilización cristiana.

Según este ideal, ¿qué es la corte real? El rey es la imagen terrenal de Dios; por lo tanto, la corte terrenal es la imagen de la celestial. En una corte auténticamente católica, frente a un rey santo, los cortesanos debían ser la representación de los ángeles y santos ante el Dios tres veces santo. Ahora bien, el hecho de que esto, en ciertas circunstancias históricas, se haya realizado en parte, debe llenarnos de entusiasmo y alegría: son ejemplos que debemos oponer a la crítica revolucionaria.

Alguien podría objetar: “En un gran número de casos las cortes han sido así. Pero este gran número se recoge al azar a lo largo de mil años de historia, por lo que es posible encontrar numero-

sos ejemplos de muchas cosas. Esto no prueba que las cortes, *a fortiori*, siempre lo hayan sido, sino de vez en cuando. Nada se puede deducir de esto”.

Ahora, si las monarquías han producido tan poco, quiero saber qué han producido las repúblicas. Por ejemplo, ¿quién ha oído hablar de un senador santo? Vemos, pues, la diferencia que existe entre una cosa y otra y cuán significativos son estos fenómenos.

Por otra parte, se ha demostrado que en las cortes más depravadas hubo siempre una corriente de reacción con prestigio. Por ejemplo, un personaje histórico del que poco se ha hablado entre nosotros y que es muy interesante, es el Delfín Luis Fernando, hijo de Luis XV, excelente hombre, hermano de Madame Louise de Francia, que murió carmelita, y de la que todavía se están buscando elementos para el proceso de canonización; otro personaje es la Reina de Cerdeña, Madame Clotilde, nieta de Luis XV y hermana de Luis XVI, declarada bienaventurada por la Santa Sede. Esto ocurría en la putrefacta corte de Versalles en tiempos de Luis XV.



Andrzej Otrębski (CC3.0)



San Casimiro - Vitral de la Basílica de la Asunción, Gidle, Polonia

Continuemos el análisis de la ficha informativa sobre San Casimiro.

Alma penitente y de una pureza atractiva

Su pureza y castidad fueron, desde la infancia, absolutamente virginales y evangélicas. Era difícil imaginar a un príncipe de mayor inocencia, de maneras más bellas y con méritos más elevados. La pureza de su corazón y de su cuerpo resplandecía en toda su conducta, de modo que todos los que lo veían o trataban con él eran movidos a la castidad.

Su espíritu estaba tan unido a Dios que su paz interior se manifestaba en la gran serenidad de su rostro. Todos sus siervos, siguiendo su ejemplo, eran llenos de bondad y se destacaban por la extraordinaria misericordia hacia

todos los visitantes y los pobres que acudían allí a pedir limosna. Se puede formar una idea de la felicidad de los súbditos de tan santo príncipe.

Aquí tenemos a un personaje que podría figurar en la pintura de un vitral en una catedral. Príncipe de la casa real, con sus hermanos reyes, San Casimiro era un joven de alta cultura y condición social, en la que se unían todos los dones físicos, intelectuales y espirituales; era un varón muy justo, misericordioso y bondadoso.

Es interesante notar la enorme castidad de este Santo. Una nota curiosa de esta castidad es su carácter comunicativo. Era tan puro que transmitía a los demás el deseo de serlo también. Esto tiene una belleza especial, porque a menudo nos encontramos con personas puras, dig-

nas de admiración y homenaje, pero a las que Nuestra Señora no dio el don de hacer comunicativa esta virtud.

Ahora bien, una de las mejores maneras de hacer apostolado es tener esta virtud comunicándose de una persona a otra, como por ósmosis.

Pero debido a que Dios está enojado con el mundo, estos dones se vuelven muy raros. Por esta razón, debemos recurrir a San Casimiro para comprender lo que es la pureza que atrae e irradia, y así mover a la gente a la práctica de esa virtud contraria a la impureza, a la voluptuosidad, también conquistadoras y que arrastran hacia el mal. La virtud que conduce al bien es algo que rara vez se ve en nuestros días y, sin embargo, ida tanta gloria a Nuestra Señora!

San Casimiro tuvo, entre otros, el don de la continencia, que lo hizo casto toda su vida, en un celibato muy puro. Para corresponder más fácilmente a tantas gracias, cubrió su cuerpo con ásperos cilicios y lo maceró con largos ayunos. A menudo pasaba noches enteras durmiendo sobre una tabla, y a veces dormía a las puertas de las iglesias, donde se le encontraba por la mañana con la cara vuelta hacia el suelo. Todas estas mortificaciones las practicaba el Santo sin menoscabar la pompa que la dignidad de su Casa, o la consideración de las personas con quienes vivía, parecían exigir de su estado.

Hay otro aspecto interesante aquí: es la actitud de San Casimiro vistiendo ropas reales y llevando cilicio por debajo. Quiere hacer penitencia, pero sabe que su condición le obliga a vestirse con la pompa inherente a su categoría. Y como no es igualitario, utiliza todo lo necesario para el mantenimiento de su estado. Vemos en esto el equilibrio del verdadero Santo.

¿Cuál es el valor de eso? Este Santo consideraba tan noble y justo que un príncipe o cualquier persona de rango social superior tuviera un estado de vida superior, que él, haciendo penitencia en todos los sentidos, encubría su

mortificación para hacer alarde de su noble condición a los ojos de todos, calificando esto como un verdadero deber de Estado en ser cumplido.

Desde sus primeros años, San Casimiro se tomó de un total desinterés por los placeres del mundo, las diversiones y la vida ociosa. Sus placeres más atractivos, eran pasar varias horas seguidas rezando ante los altares. El palacio de nuestro santo era un lugar de devoción, donde se rezaba a Dios el día entero. Cuando asistía al Santo Sacrificio de la Misa, no era raro que tuviera éxtasis en el momento que se operaba la transubstanciación.

Una de las virtudes en las que el gran San Casimiro se esmeró más fue la cordial devoción a la Virgen, a la que llamaba "mi Buena Madre". De aquí vino a conservar los candores vírgineos de ese armiño, a pesar del real estado y de su exuberante edad... No contento con recitar todos los días un largo himno, compuesto por él, en el cual cantaba los misterios de la Encarnación y los gloriosos privilegios de la Madre de Dios, quiso aún ser enterrado con esta oración y una imagen de Nuestra Señora, que ciento veinte años después, con motivo del proceso de canonización, fue encontrada junto al cuerpo cuando se abrió su tumba.

El santo es siempre una piedra de escándalo

Cuando Casimiro completó los 13 años, los Estados de Hungría, no satisfechos con su rey, Matías Corvino, enviaron diputados al rey Casimiro III para que su hijo pudiera obtener la corona de Hungría sobre Matías. Casimiro III les prometió a su hijo y lo envió con un ejército para apoyar su derecho a la elección contra Matías, que no aceptó su deposición. Habiendo llegado a las fronteras de Hungría, San Casimiro se enteró de que Matías acababa de reunir dieciséis mil hombres para ir en contra de los polacos y que había vuelto a ganarse el corazón de sus súbditos. También se ente-

ró que el Papa Sixto IV se había declarado en favor del rey destronado y había enviado una embajada a su padre, para que abandonara la empresa.

Fue entonces cuando el joven príncipe se dio cuenta de la facilidad con la que su padre había escuchado a los diputados húngaros. Habiendo reconocido entonces la injusticia de la expedición a la que lo habían atraído, se negó a hacer cualquier otro ataque y regresó a Polonia.

Fue enviado por su padre para hacerse cargo de la corona de Hungría, y no fue hasta que llegó a la frontera que se dio cuenta de que no estaba deponiendo a un usurpador, sino al rey legítimo. A partir de ese momento se negó a combatir.

Véase la preocupación de no derribar a un gobierno legítimo. Al contrario de nuestro tiempo, en el que los gobiernos son tanto más perecibles cuanto más legítimos y tanto más estables cuanto más ilegítimos son.

Estos son algunos ejemplos preciosos de virtudes dados por San Casimiro, y debemos aprovecharlos para nuestra santificación.

Para no aumentar el disgusto de su padre, que había planeado esta empresa, se retiró al castillo de Dobczyce, donde se entregó a penitencias austeras. Al final de este tiempo regresó al palacio real, donde encontró todo más en paz.

Casimiro, enemigo natural de toda clase de intrigas, era sumamente vigi-



Rey Matías Corvino - Museo Histórico de Budapest



lante en todo lo que decía. Tenía palabras inflamadas cuando hablaba de la belleza de la virtud y del estado feliz de un alma en paz y en amistad con Dios.

Su celo por la religión católica correspondía a mucha piedad. En varias ocasiones hizo conocer su aborrecimiento por aquellos que corrompen la fe de la Iglesia. Empleó todo su poder en extirpar el cisma de los rusos. En virtud de esto, actuó con celo ante el Rey, su padre, con el fin de confiscar todas las iglesias cismáticas y más tarde impidió que éstas fuesen restituidas a los cismáticos.

Es muy hermoso ver su celo contra los herejes, una virtud que siempre acompaña al alma de la persona verdaderamente pura. Había ciertas iglesias en el reino de su padre entregadas a los cismáticos e insistió en que fueran expulsados de allí.

En esta biografía hay un gran gesto de heroísmo y energía por parte de San Casimiro: la confiscación de los bienes de la Iglesia cismática, impidiéndole a ésta funcionar en Polonia. Un gesto digno de un inquisidor o del alma de un santo.

Pero aparte de ese gesto, ¿qué vemos? Las virtudes gentiles, suaves y amables que hacen atractivo a un hombre. No nos damos cuenta de las virtudes del luchador. ¿Por qué? Precisamente porque en la Europa

de entonces se vivía un período llamado “anarquía feudal”.

Los señores feudales, los príncipes, todos se destacaban por su tendencia a combatir y a mantener unos con otros un estado continuo de guerra, por razones muchas veces fútiles que a menudo llevaban a la Santa Sede a pronunciar condena tras condena.

Dos influencias ominosas contribuyeron a la existencia de este estado de cosas. En primer lugar, por la influencia bárbara, aunque remota, pero que aun así se hacía sentir y llevaba a estos hombres a ser incapaces de vivir en paz. Por otro lado, también hubo una explosión de vanidad a la que, desgraciadamente, habían dado lugar las Cruzadas de Oriente.

Como es bien sabido, en Europa hubo varias Cruzadas, de las cuales la más exitosa fue la de España y Portugal contra los moros que invadieron la Península Ibérica. También hubo Cruzadas coronadas con hermosos éxitos contra los turcos, venidos del sur, que invadieron Hungría más de una vez, o contra los paganos del Mar Báltico que querían impedir la expansión de la religión católica.

Junto a ellas, sin embargo, se llevó a cabo la serie de Cruzadas más célebre para la liberación del Santo Sepulcro, que, en general redundaron en fracaso,

en gran parte debido al espíritu de vanidad y ostentación que se apoderó de los cruzados. Sabiendo que todo el Oriente tenía sus ojos puestos en ellos y que los actos de coraje practicados para la reconquista del Santo Sepulcro habrían de redundar en fama, buena reputación y gloria para ellos, pretendían ocupar, en Oriente, los primeros lugares en las batallas, destacándose y ganando celebridad en Occidente, dentro de su contexto. Por lo tanto, no abandonaron el contexto que había en Europa; simplemente salieron físicamente de él, manteniendo allí la inquietud de hacerse célebres.

Así sucedía a menudo que, con asombro y verdadero escándalo para todo el mundo, cuando llegaba el momento de que el general en jefe distribuyera las posiciones de guerra, y no distribuía a tal o cual noble un lugar donde tuviera ocasión de realizar grandes hazañas, ese noble no lo aceptaba y entraba en batalla contra el otro designado para ese puesto. Entonces, en la primera línea, los cruzados guerreaban entre sí en lugar de luchar contra el adversario. Resultado: naturalmente, salían derrotados.

Esto contaminó a toda la nobleza europea con una especie de vicio de fanfarronería militar, cuyo resultado fue que, después de terminadas las Cruzadas, incluso en Europa las luchas entre los feudos fueron incessantes, y todos los estados europeos estaban en un estado de agitación y efervescencia continuas debido a esto. Esa era la “Anarquía feudal”.

Esta situación favoreció indirectamente la causa de la Revolución, pues para frenar esta anarquía, los reyes comenzaron a ejercer una autoridad brutal sobre los señores feudales hasta minar su autoridad pasando así a la monarquía absoluta de los tiempos modernos, ciertamente mucho menos digna de aplausos de que la feudal, como el ideal medieval la había imaginado.

En ese momento, se trataba de reaccionar contra este espíritu de fanfa-



Detalle del Castillo de Dobczyce

rronería, de vanidad militar, a favor de la lucha contra el germen de la Revolución que se venía acumulando.

Tenemos, pues, un príncipe que es el “escándalo” de ese siglo. San Casimiro va a invadir a Hungría, porque en virtud de los derechos hereditarios y por aclamación popular, había sido elegido rey de ese país en lugar del monarca depuesto. Sin embargo, cuando llega a la frontera recibe la noticia: “El Papa considera su causa falsa. Juzgó el asunto y reconoció al rey Matías como el verdadero monarca. De hecho, ya ha vuelto a ascender al trono, porque las diferencias entre él y sus súbditos se han apaciguado. Por lo tanto, el Rey legítimo está en su palacio”; San Casimiro se detiene en la frontera y dice: “Si éste es el pensamiento del Papa, me detengo, me someto y me devuelvo. No conquistaré un reino al que no tengo derecho”.

Esto era lo opuesto a la mentalidad de la “anarquía feudal”, según la cual se suponía que debía decir: “Probaré, con la punta de mi espada, que soy un hombre valiente y conseguiré lo que quiero”. Y avanzaría contra toda razón y todo derecho, para mostrarse audaz.

Suscitado para refutar la Revolución de su tiempo

También, en esa época, se empezó a acentuar la idea de que un príncipe que reza mucho, da limosna a los pobres y tiene modales muy afables, no posee las virtudes verdaderamente militares y no es un hombre valiente, el cual, según la concepción errada, no es afable ni piadoso; por el contrario, es un fanfarrón dispuesto en todo momento a pelearse con cualquiera, y no cono-



ce su opuesto armónico, que es exactamente la placidez, la serenidad, el amor a la paz y el equilibrio que le da el verdadero valor al coraje.

En realidad, la fanfarronería estaba reemplazando al coraje sincero. Ahora bien, San Casimiro se enfrentó a toda esta posición errónea de su siglo y practicó tales virtudes, que se decía que eran muelles, sin sustancia, pero que en aquella época era necesario tener un valor extraordinario para practicarlas, porque todos las despreciaban.

De hecho, el santo es equilibrado, fuerte, vigoroso, heroico si es necesario, pero también capaz de no practicar este falso heroísmo en el filo de la navaja si las circunstancias piden de él otra forma de heroísmo, que consiste en enfrentarse a la opinión pública. Este héroe es, por lo tanto, el tipo del verdadero príncipe a quien debemos venerar y honrar.

Podemos ver cómo Nuestra Señora lo suscitó, en el fondo, para salvar el feudalismo. Si los señores feu-

dales hubieran seguido ese ejemplo, la “anarquía feudal” se habría apaciguado por sí misma, y habría sido muy difícil establecer la monarquía absoluta y pre-revolucionaria de los tiempos modernos.

Debemos ver en San Casimiro al hombre que tuvo el coraje de resistir a la presión de tu tiempo, de hacer lo contrario de lo que le convenía a la Revolución de la época. Este es el verdadero coraje, y quien lo posee conquista lo demás, incluido el derecho a derramar su sangre en el campo de batalla si las circunstancias lo exigen.

Si veo a alguien con el coraje de enfrentar a la opinión pública, aunque nunca haya demostrado valentía en una batalla campal, soy capaz de decir: “Este hombre tiene gran posibilidad de ser un héroe en el campo de batalla”.

Sin embargo, de un héroe en el campo de batalla, yo me preguntaría: “¿Qué tan probable es que él se enfrente a la opinión pública?”

Porque quien enfrenta lo más difícil, es decir, a la opinión dominante, es capaz de exponer su vida.

Alguien preguntará: “¿Pero será verdad, Dr. Plinio, que es más difícil enfrentarse a la opinión pública que al adversario en el campo de batalla?”

Es nobilísimo, bellísimo y emocionante enfrentar al adversario en el campo de batalla al servicio de una guerra justa y, sobre todo, sagrada. Pero hay muchas personas dispuestas a correr el riesgo de entrar en combate por miedo a que se burlen de ellas si permaneciesen en la retaguardia. Por lo tanto, esas personas tienen más miedo de la risa que de la ametralladora.

Por lo tanto, podemos considerar a San Casimiro como un verdadero héroe.



Difundiendo el aroma de la santidad

Estando San Casimiro enfermo, decían los médicos, y lo importunaban los de su casa que le era necesario el matrimonio para preservar su vida y su salud, tan importantes para el bien público. Despreciando con una constancia heroica las advertencias de los médicos, les respondió con una frase digna de su espíritu casto, generoso y celestial: “No conozco otra vida y otra salud que la de Cristo, por cuya compañía deseo desatarme”.

Dios le concedió la gracia de revelarle el día y la hora de su muerte, pa-

ra la cual se había preparado especialmente. El día 4 de marzo del año 1483, a la edad de veinticuatro años, expiró dulcemente entregando su alma a Dios. Su cuerpo fue llevado con gran pompa fúnebre a la catedral de San Estanislao en Welms, la capital del ducado del cual era señor; y allí recibió las honras de la sepultura. Un gran número de milagros fueron obrados por su intercesión.

Ciento veinte años después de su muerte, su cuerpo y las ricas túnicas con las que fue enterrado fueron encontrados incorruptos y se construyó una rica capilla de mármol para la conservación de esta reliquia. San Ca-

simiro es patrono de Polonia y modelo de pureza para la juventud.

Hemos hablado en muchas ocasiones de los santos fundadores de pueblos o ciclos de civilización, y que con su acción extraordinaria mueven la historia. Sin embargo, también podemos considerar que existe otra categoría de santos que nacen y se hacen eximios en la práctica de una virtud, la cual representarán a lo largo de la vida de la Iglesia. Y para que la atención de los fieles no se desvíe de este punto central, estos santos mueren relativamente jóvenes y su vida queda circunscrita a la práctica de aquella virtud.

Consideremos, por ejemplo, a San Luis Gonzaga. Hizo poca cosa, pero murió en el apogeo de su virtud cuando era adolescente. Si hubiera realizado numerosas obras, las atenciones se volverían hacia lo que hizo en lugar de centrarse en lo que él fue, y el principal ejemplo a ser dado por él acabaría siendo olvidado.

Estos santos nos muestran que la santidad consiste, sobre todo, en tener una acción de presencia dentro de la Iglesia, en difundir el aroma de esta santidad, no sólo mientras están vivos, sino después de muertos. Y que sus vidas, tan precozmente inmoladas y generalmente ofrecidas en beneficio de la Iglesia Católica, son un elemento preciosísimo para la salvación de las almas. ❖

(Extraído de conferencias de 3/3/1964, 3/3/1966, 3/3/1967 y 25/11/1974)

- 1) Cf. ROHRBACHER, René-François. *Vida dos Santos*. São Paulo: Editora das Américas, 1959. v. IV, p. 177-180.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, la cultura, el arte, etc. Las personas afectadas por ella se vuelven muelles, sin sustancia, mediocres, poco propensas a la virtud de la fortaleza, así como a todo lo que significa esplendor.



Dr. Plinio en 1974

Archivo Revista

Virgen-Madre, Reina y General

En la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena se ve a María Santísima como la Reina que tiene un mando natural presente en toda su persona. Hay cualquier cosa de virginal en su porte esbelto, delicado, fino, que hace pensar, al mismo tiempo, en una virgen y en una matriarca.

Una de las imágenes que más me agrada es la que representa a María Santísima evidenciando de tal manera su realeza, su distinción y su carácter de Virgen Madre de Dios, Reina del Cielo y de la Tierra, que resolví comentarla bajo el prisma de “Ambientes, Costumbres y Civilizaciones”. Se trata de la famosa imagen expuesta en Sevilla, llamada La Macarena.

Al fondo, hay un lindo trono dorado y rojo en lo alto de una escalinata, delante de la cual se encuentra la imagen que se reviste de un tono regio, una nobleza, elevación, virginidad y de una fuerza de madre de familia extraordinarias, por donde se ve que Ella es verdaderamente la Reina Madre de Dios.

Los vestidos de la macarena

La primera impresión que causa, por lo menos para mi mirada, es la excepcional riqueza del manto y del vestido. Son tejidos de primer orden en los cuales abundan el oro y la plata.

No sólo el oro y la plata, sino los tejidos son muy abundantes. Es un vestido bastante redondeado y la capa que trae la Reina es enorme. Va de lo alto de la cabeza

hasta abajo, a los pies, con un excedente de paño tal que no se puede imaginar bien como Ella conseguiría conducirse en medio de todo aquello. No obstante, Ella está tan distinguida y elegante, domina tan bien esos tejidos, que toda aquella abundancia está a su servicio.

De manera que, si Ella caminara, andaría perfectamente bien, sin que sobre ni moleste ninguno de los tejidos. Porque Ella es de tal manera señora de todos sus movimientos, señora de sí y de todo, ¡que Ella es Reina de su propio lujo! Y en vez de dejarse ahogar o aplastar por el lujo, Ella tiene un dominio absoluto sobre él, con gestos muy naturales y simples.

La imagen no tiene nada del aire de una señora que quiera estar dominando. Ella está con toda naturalidad, es Reina por naturaleza propia y todo le obedece porque Ella quiere que obedezca.

Hay que notar que, si los brazos estuvieran en una postura un poco diferente, perdería el dominio de la capa. Sin embargo, están puestos con tanta naturalidad, que se diría que ni siquiera pasó el problema por su cabeza.

Su estatura es la de una persona en nada agigantada, pero noblemente alta y que tiene sobre el suelo el domi-



nio de la distancia. Ella mira el piso como una Reina debe mirar: dominando de lejos.

La riqueza de los adornos

Lo más interesante es lo siguiente: Ella está adornada. Los críticos afirman que los españoles recargan las cosas con demasiados adornos. Yo no participo de esa crítica del buen gusto español, pero sí de los pueblos que piensan eso.

Si consideramos cómo el vestido y el manto ya están cargados de adornos, y, aun así, hay una especie de mantilla por el lado de adentro que sale por debajo de la corona además del manto, notamos esa insistencia en adornar a la manera española.

El rostro es noble y revela señorío, aún más encimado con una corona enorme. Pues bien, se percibe que Ella podría moverse enteramente a gusto, sin temer ser aplastada por su propia riqueza, porque esta Reina tiene dentro de sí una riqueza personal muy superior a todas aquellas que la adornan: ¡Ella es Ella!

Es necesario tener bien presente esto para comprender las cosas españolas cuando son acertadas.

La dama general

Noten en la cintura la faja de general.

Es preciso considerar esos dos aspectos: primero, la faja: después, es de general.

Se podría decir que no es necesario ese adorno, además de todo lo que ya existe. Pero la faja concurre enormemente para dar toda la esbelteza a la figura general y para acentuar ese dominio de Ella sobre la riqueza. Saquen esa faja y la división entre la parte superior y la inferior pierde su elegancia.

Ahora, ¿qué faja es? General del Ejército español.

Alguien podría objetar: “¿Pero una dama, general? ¡Cómo queda pesado!”.

Yo digo: ¡No entendió nada!

Para mí, una de las figuras femeninas más leves que hubo en la Historia es Santa Juana de Arco con armadura.

Además, quién puede ser Reina, ¿no puede ser *a fortiori* general? Pues el mando supremo de una tropa ¿no cabe naturalmente al jefe de Estado? Es ridículo que se esté a la altura de ceñir una corona y no se pueda usar la faja de general.

El hipotético objetante replicará: “Aquí está mi objeción: si Ella es Reina, ¿por qué además de la corona porta la faja de general? ¿Ya no está todo expresado?”

No. Porque es glorioso para un rey ser general, por lo tanto, es una gloria para Ella que el Ejército Español la haya tomado como ese tipo de Reina de quién se espera una interferencia en el campo de batalla, en una situación difícil, en un momento delicado. ¡Yo lo considero simplemente monumental!

Por otro lado, hay en todo eso algo de virginal y matriarcal al mismo tiempo. Ella como Reina tiene un mando natural presente en toda su persona. Pero hay cualquier cosa de virginal en su porte esbelto, delicado, fino, que hace pensar en una virgen madre. ¡Ella es una Virgen! ¡Y como queda bien para Ella ese conjunto de predicados!

¿Ornatos exagerados?

Aún se podría plantear la siguiente cuestión: Está bien, pero después de esa corona, ¿no era dispensable ese resplandor de plata atrás?

A lo que respondo levantando otras preguntas: ¿Las flores colocadas por la devoción popular serían dispensables? Cuando amamos mucho a alguien, en el momento de darle algo ¿preguntamos si es dispensable? ¿Y si lo es, no se lo damos? ¿Ésta es la regla del amor?

Para interpretar cada pueblo es preciso andar con cuidado, procurando ver el lado bueno y entender las cosas como son.

En los pueblos de Europa, las criteriologías son variadas. Algunos tienen el recelo de abusar de la palabra humana de manera a llevarlos a decir más de lo que desean. Su gran cuidado, por lo tanto, es de ser comedidos al hablar.

Lo propio del español es lo contrario: un recelo de que la palabra humana no diga todo cuanto ellos quieren. Comprendo ambos recelos, porque después de la dispersión de la Torre de Babel con la confusión de las lenguas, dejó de existir el idioma perfecto. Y sólo manosea bien la propia lengua quién entiende el lado débil que ella tiene.

Entonces, hay en el modo como los españoles usan su idioma una especie de exageración didáctica, según la cual van más allá de lo que saben que es la realidad, pero pensando que el hombre inteligente sabrá hacer el descuento y quedarse en el punto ideal no agotado por la palabra, y que constituye la verdad entera.

Dentro de esa concepción, la pregunta respecto del resplandor no es si es necesario, sino otra: si cabe y si comporta para decirlo todo respecto a una tan gran Reina. Es como quien dice: “Entiendan bien que no hay ornato suficiente. Por lo tanto, desde que tal adorno no quede anti-estético, ¡además está eso!”

¿Quién osaría decir que queda anti-estético?

Si alguien objetara: “Me parece superfluo.”

Yo respondería: Ud. no tiene voluntad de darlo todo.

¿Eso significa que la posición española es la única aceptable? No estoy afirmando eso. Al contrario, son enteramente admisibles también otras concepciones, de acuerdo con la índole de cada pueblo.

Lo mejor es saber comprender y amar la belleza existente en todas las formas de expresión de las diversas naciones. ❖

(Extraído de conferencia de 2/2/1983)





Flávio Lourenço

Anunciación – Museo Episcopal, Vic, España

La más alta lección de obediencia

Al ser consultada para ser la Madre de Dios, Nuestra Señora no respondió lo siguiente: “Acepto porque es un gran honor.” O entonces: “Yo acepto porque adoro a Dios, iy tener una vinculación tan íntima con Él por la cual, además de ser hija del Padre Eterno, me volveré esposa del Divino Espíritu Santo y madre del Verbo Encarnado, hace con que mi amor exulte!”

En su respuesta la Santísima Virgen colocó delante la obediencia: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

El mérito de la obediencia es tan elevado, que María juzgó manifestar más amor actuando de esta manera.

Esta es la lección más alta de obediencia de toda la Historia que, evidentemente, la Virgen —quien aplasta la cabeza de Satanás, el rebelde por excelencia— tendría que dar para indicarnos nuestro camino.

(Extraído de conferencia de 25/3/1973)